

—¿Ha amenazado con armar escándalo? Temí que no fuera a ver a mi mujer, lo cual me fastidiaría.

Mateo sonrió, comprendiendo que había ganado el pleito.

—No sé; no sabe nunca uno lo que puede temer cuando rechaza a las gentes, cuando las empuja a las peores condiciones... Pero no me ha dicho lo que quería siquiera. Unicamente me ha dicho que no podía permanecer en el arroyo, ya que su padre la ha echado. Si quiere usted saber mi parecer, le diré que creo lo más oportuno enviarla a casa de una comadrona. Puesto que está ya de seis meses, eso sería cuestión de unos quinientos francos.

Beauchéne se levantó bruscamente. Fué hacia la ventana y al volver dijo:

—Bueno. No tengo mal corazón, como sabe usted y por quinientos francos más o menos no me arruinaré. Si me he incomodado es porque solamente con pensar que me van a robar, me indigno... Pero, ya que se trata de una obra de caridad, no tengo inconveniente. Busque usted mismo la comadrona, que vaya allí, que se arreglen; yo pagaré. Pero, con la condición de que no tendré nada que ver con el chiquillo.

Respiró fuertemente, aliviado de una pena que no se atrevía a confesar. Fué el Beauchéne de siempre. Hasta bromeó; en verdad que guardaba buenos recuerdos de Norina; unas carnes blancas como la nieve, una piel fina como el raso; nunca había tocado otra igual. Luego, para demostrar su completa despreocupación, habló de la máquina que le había llevado al despacho de Mateo y demostró que para defender sus intereses de patrón tenía una inteligencia muy viva y una acomoda-

tividad muy grande. Había salido ya, cuando asomó de nuevo la cabeza para decir:

—La condición es formal... No quiero saber siquiera si nace o no el chiquillo. Que se arreglen con él; pero que no me lo nombren jamás.

Aquella misma noche hubo una alarma terrible en casa de los Beauchéne. Mauricio quedó desmayado en el momento de sentarse a la mesa. El desmayo duró más de un cuarto de hora y los padres se acusaron mutuamente de haberle obligado a salir por la mañana con tan pésimo tiempo.

Constancia, sobre todo, se creyó que su hijo se moría en sus brazos. Por vez primera sintió un estremecimiento de terror y se dijo que el niño podía morir. Como madre, lloró y como mujer ambiciosa que soñaba para su hijo único la dominación sobre todos los hombres, sufrió horriblemente. ¿Si le perdía no tendría ya más hijos? ¿Por qué obstinarse en no tenerlos? Aquel pensamiento la fulguró como un rayo, penetrando hasta sus entrañas. Sin embargo, Mauricio volvió en sí y comió con apetito. Beauchéne, en seguida se tranquilizó y encogiéndose de hombros, habló de las tonterías y temores de las mujeres. Durante los días que siguieron, ni la misma Constancia recordó el caso.

IV

Al día siguiente, cuando Mateo se ocupó en cumplir el delicado encargo que se le hiciera, recordó los dos nombres que había pronunciado Celeste, la camarera de los Seguín, el día que comió en casa de éstos. Desechó a la Rouche por lo que la misma

camarera había dicho de ella. Pero quiso enterarse de la señora Bourdieu, la comadrona que tomaba pensionistas en su casa de la calle Miromesnil. Pareció recordar que había asistido a Valeria cuando el parto de Reina, y preguntó a Morange. Este, que se hallaba trabajando en su escritorio, se turbó a la primera pregunta.

—Sí, es una buena comadrona. A mi mujer se la recomendó una amiga... Pero, ¿por qué me lo pregunta usted?

Y le miraba angustiado, como si aquel nombre que le recordaban inopinadamente fuera algo así como la sorpresa de una flagrante delito. Quizá también precisaba ideas que no se atrevía a confesarle a sí mismo. Quedó pálido y con los labios temblorosos. Luego le escapó una confesión involuntaria cuando Mateo le dijo que se trataba de colocar a Norina.

—Justamente mi mujer me hablaba de la señora Bourdieu esta mañana... no sé a santo de qué. Por lo demás, hace tanto tiempo que no la hemos necesitado, y no puedo dar a usted indicaciones precisas. Sólo me acuerdo que es una excelente comadrona y que tiene una buena casa. Véalo usted mismo y me parece que quedará contento.

Mateo siguió el consejo. Pero como le habían dicho que la Bourdieu era cara, desechó se prevención contra la Rouche y allá fué primero. El aspecto solo de la casa le repugnó; era una de esas casas oscuras del antiguo París, situada en la pendiente de la calle, cuya entrada oscura y patio fétido dan asco. Un cartel mal pintado llevaba el nombre de la comadrona. Era ésta una mujer de unos treinta y cinco años, vestida de negro, amojamada, con la cara cetrina, de la que se veía únicamente una nariz enorme. Con su voz apagada, su palabra lenta, que indicaba una

gran discreción, con su sempiterna sonrisa de confitura agria, causaba una impresión desastrosa, evocaba las prácticas criminales sin violencia, el estrujón que ahoga la vida antes de nacer. Por otra parte le dijo que, no teniendo local a propósito, no podía tomar pensionistas sino a punto de dar a luz. Aquello le bastó y marchó de allí sintiendo náuseas. La casa de la señora Bourdieu, en la calle Miromesnil, entre las de Boétie y Penthievre, tenía por lo menos buen aspecto, con sus ventanas adornadas de cortinas de muselina blanca y su clara fachada.

Un hermoso rótulo anunciaba una comadrona de primera clase, una casa de parturientas y de hospedaje para señoras. La tienda estaba ocupada por un herborista, cuyas hierbas embalsamaban el aire. En el fondo de la entrada había un patio muy claro, separado del cuartel por una alta pared pintada de blanco. Era una casa muy alegre, desde donde se oía el ruido de los clarines y tambores, que llegaba amortiguado por el espesor de la pared. En el primer piso, distribuidos a lo largo de un corredor, el salón, el gabinete de la señora Bourdieu, su cuarto, el comedor y la cocina; en el segundo piso y en el tercero estaban los cuartos de las mujeres que iban a dar a luz; cuartos en que había tres o cuatro camas, en otros una sola, y que eran, naturalmente, más caros. La señora Bourdieu era la soberana de todo aquello y paseaba de alto abajo su persona rechoncha sin exageración, bajita, bien cuidada, su rostro alegre, blanco, acicalado. Circulaban algunos rumores no muy halagüeños; pero eran las rivales las que los propagaban. Nunca se había sabido nada malo en concreto. La misma Asistencia Pública recurría a sus servicios, enviándole parturientas, cuando no podía atenderlas por su cuenta. Esto parecía

una prueba de la seriedad del establecimiento, de suerte que la clientela era numerosa. Mateo tuvo que regatear, porque empezó pidiéndole doscientos francos mensuales.

—¿Cómo quiere usted que lo arregle a más vil precio? Ninguna de nosotras hace fortuna. Tenemos que pasar dos años en la Maternidad antes que nos den el diploma, y nos cuesta mil francos cada año nuestra estancia. Después hay que poner la casa y hay que pasar tiempo antes de tener una clientela. Por eso hay tantas que acaban mal. Y hasta cuando se consigue la confianza de las gentes no hay un instante de tranquilidad para nosotras. A cada momento hemos de tener las responsabilidades, a causa de cualquiera negligencia en las operaciones, en el empleo de los instrumentos. Todo ello sin contar con la vigilancia de la policía, las visitas imprevistas de los inspectores, una serie de molestias que no puede usted imaginarse.

Sonrió cuando Mateo le indicó que ya sabía lo que significaba todo aquello.

—No hay duda de que todo se arregla. Pero a mí esto me tiene sin cuidado. Pueden presentarse aquí cuando quieran; no me encontrarán en falta. Por ello siempre tengo veinticinco camas ocupadas de las treinta que hay en la casa. Con tal que paguen el pupilaje o que lo pague la Asistencia, y que se sometan al reglamento, no les pregunto jamás ni quiénes son ni de dónde vienen. Si quedamos convenidos respecto de la señora en cuyo nombre viene usted puede traerla cuando quiera, seguro de que encontrará en mi casa un asilo seguro y discreto.

A causa de la costumbre, al primer golpe de vista, había adivinado de lo que se trataba; alguna soltera, de la que quería desembarazarse un caballero. Cuando supo que se trataba de una pensio-

nista que estaría cuatro meses, se humanizó y fijó la suma de seiscientos francos. Todo quedó arreglado, a condición de que dormiría en un cuarto que tenía tres camas. Por la noche llegó la pupila.

—Se llama usted Norina, esto me basta. La instalaré cuando hayan subido su maletita. Es usted muy guapa y tengo la seguridad de que seremos buenas amigas.

Al cabo de cinco días, Mateo volvió para ver cómo estaba Norina. Cuando recordaba a Mariana, cuya preñez rodeaba de un verdadero culto religioso, sentía una lástima infinita por esas pobres muchachas que han de ocultarse para dar a luz, perseguidas por las burlas y los insultos. Aquel disgusto y horror que la maternidad inspira a algunas mujeres, hasta al extremo de lanzarlas al fango, al crimen, le parecían una profanación, y nunca como entonces sintió su bondad nativa clamar en pro de la solidaridad humana. Tuvo que discutir con Beauchéne, que se indignó al saber que no pagaba aquello con quinientos francos.

Al cabo le sacó alguna ropa blanca y diez francos cada mes para Norina. Y quiso llevar los primeros diez francos a la infeliz. Serían las nueve de la mañana cuando Mateo fué a casa de la comadrona. Una criada, que había subido para advertir a Norina, dijo que ésta aun estaba en cama, pero que podía pasar, porque en el cuarto no había ninguna otra pensionista. Le hizo subir al tercer piso, abrió una puerta y dijo:

—Señora, aquí está el señor.

Al reconocer a Mateo, Norina soltó una carcajada.

—Ahora le toma a usted por el padre. Es lás-

tima que no sea así, porque usted sí que es bueno y amable.

Bien peinada, con una chambrá blanca, estaba incorporada, con dos almohadas en la espalda, muy limpia, muy decente. Subió todavía más la sábana, para no enseñar nada de su desnudez, por un movimiento de pudor, que indicaba cuánto candor le quedaba aún después de su caída.

—¿Está usted mala?

—No; pero me aprovecho del permiso que nos dan de permanecer acostadas. ¡Por lo que tengo que hacer! Me parece imposible a mí, que antes me levantaba a las seis para ir a la fábrica. No sé si ve usted que tengo lumbre, y estoy alojada como una princesa.

Miró. El cuarto era grande, tapizado de papel gris con florecillas azules. Las tres camas estaban, dos de lado y la tercera al través, enfrente, separadas por una mesita de noche y una silla. Había una cómoda y un armario de distinto aspecto. Las dos ventanas daban al patio, que cerraba la pared del cuartel, y dejaban entrar torrentes de sol.

—Sí, no es triste,—murmuró.

Se había vuelto hacia la cama del fondo y se calló. De pie ante aquella cama había una figura oscura que no había visto al entrar. Era una muchacha de edad indefinible, alta, seca, de rostro severo y ojos apagados. No tenía caderas ni pecho; parecía un madero sin pulir. Apretaba las correas de una maleta, puesta sobre la cama deshecha al lado de un maletín de viaje.

Cuando se dirigía a la puerta, sin mirar siquiera al visitante, Norina la detuvo.

—¿De modo que se va usted?

Pareció recapacitar antes de comprender; luego con un fuerte acento inglés dijo:

—Yes, marchar.

—¿Pero volverá, nos despediremos?

—Yes, yes.

Cuando estuvo fuera, Norina explicó que se llamaba Any, que entendía algo el francés; pero que no sabía apenas hablarlo. Habría contado toda su historia, si Mateo no se sienta a su lado y la interrumpe.

—En fin, veo que todo va bien y que está usted contenta.

—Sí, muy contenta. Nunca he estado tan bien comida y bebida, y sin trabajar. Crea usted que no deseo sino que esto dure mucho tiempo.

Se echó a reír alegre y sin cuidarse del porvenir ni del niño que crecía por momentos. En vano trató de despertar el sentimiento de la maternidad. No le preguntó siquiera y al preguntarle acerca del porvenir creyó que se refería a su padre y se encogió de hombros como queriendo decir que jamás había contado con él para nada. Su madre la había visitado al día siguiente de su entrada. Pero aquella visita no le había dejado ninguna ilusión; no creía ya en su familia, donde no había pan para todos. Ya vería. Una muchacha de su edad no se halla nunca apurada. Y se desperezaba en la cama, dichosa al sentirse fresca y apetitosa, invadida por la pereza, deseosa de que aquellas dulces mañanas se sucedieran.

Luego insistió acerca de lo bien apañada que estaba, alabó la respetabilidad de la casa, como si sobre ella recayera alguna ventaja.

—No se oye una disputa, una mala palabra; todo el mundo se porta con gran decencia. Es la mejor casa del barrio. Hay pupilas muy distinguidas. Pero, portándose bien, poco importa de donde una viene.

Quiso citar un ejemplo:

—En la cama que hay allí al lado de la que ocupa la inglesa, hay una chica de dieciocho años que es una sirvienta. Dió su verdadero nombre, Victoria Coquelet. Al llegar del pueblo cayó en casa de un hombre de negocios no muy limpios, cuyo hijo, un muchachote de veinte años, a los cinco días de estar en París, le hizo un chiquillo en la cocina, de cualquier modo.

La madre del muchacho la echó a la calle y la recogió la Asistencia, que es la que la ha enviado aquí. Es muy buena y muy trabajadora. A pesar de su estado sirve a uná joven también preñada que habita detrás de ese tabique. Eso está permitido por el reglamento. Las pobres pueden servir a las ricas. En cuanto a la otra, que ha dicho llamarse Rosina, es toda una historia...

La puerta se abrió y Norina dijo:

—Ahí está Victoria.

Mateo vió a entrar a una muchachita pálida que no parecía tener sino quince años, con el pelo rojo enmarañado, la nariz remangada, pequeños los ojos y grande la boca. Parecía aún sobrecogida por el caso que le ocurriera y miraba a las gentes como para que le explicaran cómo pudo ser aquello. Detrás de aquella humilde criatura, vió Mateo toda la falange innumerable de las pobres muchachas que las provincias envían a París, cuya historia es igual para todos, el cortejo de criadas embarradas y arrojadas a la calle, en nombre de moral burguesa. ¿Qué sería de ésta? ¿Qué caso le ocurrirían y qué nuevas preñeces la acechaban?

—¿Any no ha marchado? — preguntó. — Quisiera despedirme de ella.

Cuando vió la maleta junto a la cama y Norina le hubo presentado a Mateo como a un amigo muy fiel, entre las dos le dijeron lo que sabían de

historia de Any. No se podía afirmar nada preciso porque hablaba una lengua imposible, y, además, era tan poco comunicativa, que no decía nunca una palabra de su vida. Pero se sabía que tres años antes había estado en la casa, para deshacerse de otro niño. La segunda vez, como la primera, había aparecido una mañana, sin avisar; ocho días antes del parto; luego, después de pasar tres semanas en cama y hecho desaparecer el chiquillo que enviaba a la maternidad, volvía a embarcarse. Y ahorrraba algo viajando con pasaje de ida y vuelta.

—Es muy cómodo, — dijo Norina. — Parece que hay muchas extranjeras que lo hacen así. Cuando se ha puesto el huevo en París es muy difícil encontrar las cáscaras. Creo que ésta es una monja; no una monja como las de aquí, sino unas religiosas de otra manera. Se pasa todo el santo día con las narices pegadas al devocionario.

—De todos modos, — añadió Victoria, — parece una buena mujer; no es bella, pero es muy atenta y poco entrometida.

Se callaron porque la inglesa entraba de nuevo. Mateo la observó. ¡Qué cosa tan extraordinaria le pareció aquella mujer tan fea, tan enjuta, tan poco a propósito para el amor, viniendo periódicamente a librar a Francia! Y pensó en quién sería capaz de ponerla en tal estado, y en la dureza de corazón que implicaba marcharse sin emoción alguna, sin pensar siquiera en el pequeñuelo que abandonaba al borde del camino de la vida. No echó siquiera una mirada a aquella habitación donde había padecido y se marchaba con su equipaje cuando las otras dos, más conmovidas que ella, quisieron besarla.

—Siga usted bien, — dijo Norina, — ¡buen viaje! La inglesa presentó la mejilla y besó después el

pelo de aquella joven fresca y gorda con una inquietud púdica.

—Yes, bueno, bueno... vos también.

—Piense usted en nosotras y hasta la vista, ¿verdad? —exclamó aturdidamente Victoria besándola.

Aquella vez sonrió Any ligeramente sin contestar. Salió con su paso tranquilo y resuelto detrás de la criada que decía:

—¡Y yo que no me acordaba! Venga usted, venga; la señorita Rosita quiere despedirse.

Cuando Norina volvió a quedar sola con Mateo, subió otra vez la sábana que se había escurrido y volvió a sus cuentos.

—En cuanto a la señorita Rosina, sé por Victoria que su ventura no es de lo más divertido... Sepa usted que es hija de un rico joyero. No sabemos su nombre ni dónde vive. Tiene dieciocho años, tiene un hermano de quince, y su padre un hombre de unos cuarenta y cuatro... Pues bien, el joyero pierde su esposa y ¿a que no adivina usted cómo se las arregla para reemplazarla? Dos meses después del entierro entra una noche en el cuarto de Rosina y se acuesta con ella. ¡Eh! ¡Eso sí que es ser cochino! Ya ocurren casos de eso entre los pobres. Conozco a más de una en Grenelle que ha pasado por ahí. ¡Pero, entre los ricos, que tienen dinero para arreglarse con la mujer que quieren! Lo que me indigna no es que ellos pidan eso sino que las hijas lo consientan... La señorita Rosina es tan amable y buena que no habrá sabido resistir. Ahora está encerrada aquí como en una celda y nadie viene a verla. Claro es que van a escamotearle el niño. ¡Buena facharía al lado de sus padres!

Se oyó, a través de la puerta, que dos o tres personas hablaban. Reconoció Norina la voz de Ro-

sina, y antes que Mateo hubiese podido contestar, y después de haberle dicho:

—¿Quiere usted verla?—la llamó.

El joven, a quien el relato había horrorizado, quedó sorprendido al ver entrar una niña morena, muy linda, con el pelo formando cocas y con unos ojos azules muy hermosos. En su mirada se advertía algo así como la expresión de la inocencia sorprendida, una castidad natural que no parecía darse cuenta del estado en que se hallaba. ¡Cuánta lástima inspiraba aquella niña! El crimen, el incesto monstruoso, la maternidad maldita que debía ocultarse como un crimen mayor, todo aquello espeluznaba.

Norina le indicó que se sentara un momento.

—Señorita, permanezca usted aquí un instante, ya sabe cuán contenta me siento al verla. El señor es un pariente...

Mateo se extrañó de la franqueza que reinaba entre esas mujeres, procedentes de distintas clases, de diferentes tierras. Hasta entre Rosina y Victoria, había una fraternidad visible, la barriga desdichada, la vida que pugna por nacer. Las diferencias de clases se hundían, desaparecían con los nombres las preocupaciones, y en aquel asilo no había sino mujeres, más o menos desdichadas, que sentían por igual conmovidas las entrañas por las sacudidas del hijo pronto a nacer. De las tres que estaban allí reunidas, era evidente que dos consideraban a la otra como superior a ellas, y que la mimaban sin olvidar nunca el respeto que le debían; pero la favorecida se mostraba agradecida y buena compañera, teniendo confianza en las otras dos y contándoles hasta sus secretillos.

Al cabo de unos momentos, y olvidando la presencia de Mateo, charlaron, explicando los chismes que corrían por la casa.

—La señora Carlota, esa señora tan distinguida que ocupa el cuarto de al lado,—dijo Victoria,—ha dado a luz esta noche.

—Ya lo creo,—dijo Norina,—y a fe que ha chillado poco. Precisaba ser sordo para no oirla.

Rosina, dijo con un aire de inocencia:

—Pues yo no he oído nada.

—Es porque nuestro cuarto la separa del suyo, contestó Victoria.—Ahora mismo se marcha.

Las otras dijeron que era imposible; que una mujer que acababa de dar a luz con tanta dificultad como ella, no podía marcharse así, enferma y ensangrentada.

—Claro está,—repuso Victoria;—pero, cuando no hay otro remedio... ¿No es verdad, señorita Rosina, que no tiene otro recurso?

Rosina dijo que sabía, efectivamente, mucho acerca de la parturienta. Y Mateo supo una nueva y tremenda historia. Se decía que la infeliz se llamaba la señora Howies, sin saberlo a punto fijo, y que estaba casada con un viajante de comercio, un hombre brutal y violento que tenía unos ceños atroces y la maltrataba con frecuencia. Se había entregado a un amante cariñoso que se la comía a caricias. Pero lo malo del caso es que quedó embarazada. Al principio no le importó ni le asustó mucho aquello; sabía que su marido había marchado por un año a lo menos. Iba a Persia y a la India para comprar tapices y chales y bordados. Cuando la preñez se hizo aparente, se limitó a irse a una casita de campo. Pensó, según los cálculos que había hecho, que habría librado y estaría ya reforzada cuando llegara su marido. Desgraciadamente recibió una carta de éste, anunciándole que iba a volver antes de la época fijada. Desde entonces no hubo paz ni tregua para aquella mujer. Cuando creyó que le faltaban sólo quince días para

dar a luz, fué a casa de la señora Bourdieu, esperando con ansia el momento del alumbramiento. Cada hora que pasaba la sumía en terrores indecibles. Al cabo sintió los primeros dolores. Pero el parto fué laborioso. Y cuando sintió que iba a nacer su hijo le dieron una carta de su esposo, que le anunciaba su llegada a Marsella. Libró, y en el mismo momento casi, pálida, deshecha, desangrada, habiendo tenido sólo unas horas de reposo se aprestó a ir a su casa, donde debía meterse en cama en seguida, si no moría por el camino, pretextando una enfermedad súbita, una pérdida grande.

Cuando en el cuarto se oyó rumor, Norina dijo a Victoria:

—Quiero verla, abra usted la puerta.

Victoria cumplió su deseo y al poco rato apareció la señora Carlota, que no parecía la misma que días antes. Dos mujeres la sostenían, o la llevaban, y daba pena ver su rostro blanco, exangüe, sus ojos agrandados por el sufrimiento, su boca deformada por el dolor, sus labios pendientes y entreabiertos por la debilidad. Sin embargo, cuando vió a Rosina quiso detenerse y despedirse.

—Acérquese, hija mía, deje usted que la bese. Me siento muy débil, pero quizá pueda llegar hasta el fin. Adiós, hija mía; y vosotras sed más felices que yo.

Se la llevaron; desapareció.

—Ya sabréis que ha tenido un niño,—dijo Victoria.—¡Tanto como había deseado uno! Sólo que, a causa de lo que ha sufrido, ha muerto a las dos horas de nacer.

—Es una dicha para ella,—replicó Norina.

—Sin duda,—afirmó Rosina con su aire virginal,

—un chico tenido en tales condiciones, vale más que no viva.

Mateo las escuchaba trastornado. Tenía ante sus ojos la visión aterradora que acababa de pasar, aquella mártir que se marchaba con la herida abierta y sangrienta, aquella ajusticiada del parto trágico y secreto; a Victoria, la víctima del amor brutal, que cae sin defenderse porque su carne habla; la infeliz que ha tenido un hijo y tendrá otro; a Rosina, la hija incestuosa por complacencia que guardaba aún en su vientre el monstruo que sería aplastado para que pudiese ser ella luego una esposa respetada. ¿En qué abismo, en qué infierno había caído? Y aquella casa era la mejor, la más honrada del distrito... Era verdad, precisaban tales asilos para las combinaciones sociales para que las miserables preñadas pudieran enclausrarse. Aquello era al cabo un refugio donde pudiesen evitarse el aborto y el infanticidio.

La divina maternidad venía a parar en aquel antro; la obra soberana de vida terminaba en aquella cloaca. Lo que debiera honrarse como un culto, se cumplía entre tinieblas y a favor de manos mercenarias: la madre quedaba envilecida, manchada, y el hijo execrado, renegado, maldito. La eterna corriente de semillas que circula por las venas del mundo, la humanidad en germen que hincha el vientre de las mujeres como se hincha la tierra en abril y mayo, se convertía en una cosecha deshonorada, corrompida de antemano, marcada con el sello de la ignominia. ¡Cuánta salud y belleza perdidas! Sintió gran compasión y gran amor por aquellas mujeres, culpables o no, locas o desdichadas, que iban a cumplir la gran obra, la obra de vida en aquel sitio. ¿No era siempre vida lo que allí se producía? ¡Qué importaban las condiciones en que venía! ¿Los robles más firmes

y pomposos no son acaso los que han crecido a pesar y contra los obstáculos, entre espinas y peñascos? Cuando Norina quedó de nuevo sola con Mateo, le hizo prometer que pediría a la Bourdieu que le diera café negro al mediodía, pagándosele con los diez francos. Le recomendó que la esperara un momento en la sala del piso principal, en tanto que se vestía. Mateo se equivocó de puerta y abrió la del refectorio, una gran sala con una larga mesa en el centro. La cocina enviaba oleadas de olores no muy agradables. En el salón de espera, que estaba enfrente, halló a dos mujeres, que le dijeron que la señora Bourdieu no tardaría en venir. Sacó un periódico del bolsillo y quiso leer; pero la conversación de las dos mujeres le interesaba y se distrajo. Una de ellas era, a no dudarlo, una pupila de la casa a la que una preñez muy adelantada y penosa había ajado de un modo atroz. Por lo que hablaban comprendió que la otra era una mujer embarazada también que venía a enterarse de las condiciones de la casa, para entrar en ella. Preguntaba a la primera acerca del régimen que se seguía, si se comía bien, todos los pormenores que interesaban.

—No estará usted mal,—decía la que estaba a punto de librar,—yo estoy cien veces mejor que en mi casa y me alegraría el estar aquí si no estuviera inquieta por mis tres niños, que no sé cómo estarán cuidados, pues mi marido es poco amable. Cada vez que estoy de parto deja el trabajo, se entrega a la bebida y es como si los niños estuviesen en la calle. Eso es lo que me apena, pues mientras aquí no me falta nada, quizá mis pequeñuelos tienen hambre y frío.

—Lo comprendo,—contestó la otra, que pensaba en sus propias penas.—Mi marido es empleado, y si vengo aquí es porque eso nos ahorrará que-

braderos de cabeza, pues es tan pequeña nuestra habitación que no cabemos dentro. No tengo más que una niña de dos años, que están criando y que tendremos que llevar a casa. ¡Cuánto dinero se gasta, Dios mío!

Interrumpió su conversación la llegada de una señora velada, vestida de negro, a quien una criada rogó que esperara en aquella sala. Mateo estuvo a punto de levantarse. Aunque estaba de espaldas, por un espejo reconoció a la señora Morange. Pero al ver que iba tan tapada y con un traje obscuro, como para no ser conocida, no se movió y pareció absorbido por la lectura del periódico. Ella no le veía y él, en cambio, no perdía ninguno de sus movimientos.

—Lo que me ha decidido a venir aquí—decía la mujer del empleado,—es que juré que no volvería a casa de la comadrona que me parteó la primera vez. No he visto suciedades y abominaciones parecidas.

—¿Quién es?

—Una mala mujer que debiera estar en galeras. No puede usted formarse idea de lo que allí se ve: una casa húmeda como un pozo, habitaciones asquerosas, camas que dan náuseas y una comida... Además no hay asesino que haya cometido más crímenes. No se comprende cómo la policía no evita esas cosas. Me han dicho muchas pupilas que yendo allí está una segura de que su hijo no vivirá. Es una especialidad de la casa. El precio se conviene de antemano para ello. Además se practica en gran escala el aborto. Yo puedo afirmar que en tanto que estuve allí vinieron tres señoras que quedaron despachadas merced a una varilla de hierro.

En aquel momento Mateo advirtió que Valeria escuchaba apasionadamente. No daba la cara

las dos mujeres, no volvía la cara para mirarlas, pero, bajo su velo, sus ojos brillaban.

—Aquí,—afirmó la obrera,—no verá usted nada parecido. La señora Bourdieu no hace esas cosas. La otra bajó la voz.

—Sin embargo, me han dicho que lo había hecho por una condesa que le recomendó un personaje. Y no hace mucho tiempo.

—Si se trata de gente muy rica, no diré yo que no. Todas hacen lo mismo... pero, la casa, le aseguro a usted que es buena.

Callaron un momento y luego la obrera dijo:

—¡Si por lo menos hubiese podido trabajar hasta el último día! Pero estoy tan mala, que hace dos semanas que no puedo hacer nada. Y en cuanto pueda trabajar después de librar, no tengo más remedio que hacerlo. Los pequeños me esperan en casa. Siento no haber sabido que hay una mujer como la que dice. ¿Dónde vive?

—Es la Rouche, conocida de todas las criadas y perdidas del barrio. Tiene su covacha al final de la calle Rocher, una casa infecta en que no me atrevería a entrar ahora que sé las abominaciones que allí se cometen.

Callaron y se fueron, porque había entrado la señora Bourdieu. Como Mateo no se levantó del sillón, Valeria entró en el despacho de la comadrona. Había escuchado con más atención aún las últimas palabras de las dos mujeres y sus ojos brillaban más a través del velo. El joven dejó caer el diario y se sumió en una meditación dolorosa, despertada por los horrores que acababa de oír, estremecido por todos los delitos y crímenes que se cumplen entre las sombras. De repente y al cabo de algún tiempo, un ruido de voces le sacó de su meditación.

La Bourdieu acompañaba a Valeria. Sonreía con

aire maternal, en tanto que la joven, que debía haber llorado, tenía retratados en el rostro el pesar y la vergüenza.

—No es usted razonable, hija mía. Dice usted locuras que no quiero oír. Vuelva pronto a su casa y sea prudente.

Luego, cuando Valeria se hubo marchado sin proferir ni una sola palabra, la señora Bourdieu se admiró de ver a Mateo que se había puesto en pie. Se puso seria, descontenta sin duda de que hubiesen oído sus palabras. Pero bajó Norina y los tres se pusieron a conversar alegremente. Se concedió la taza de café después del almuerzo, ya que Norina podía pagarla. Y cuando Mateo hubo prometido volver pronto, se marchó a su vez.

—¡ Cuando venga usted, tráigame naranjas! — gritó la joven en la escalera.

Al bajar Mateo hacia la calle de La Boetie, se paró bruscamente. En la esquina estaba Valeria hablando con un hombre, en el que el delincuente reconoció a Morange. Una sospecha se le impuso. Morange había acompañado a su mujer y en tanto que ésta entraba en casa la Bourdieu, él la esperaba; y ahora estaban allí asustados, vacilantes, poniéndose de acuerdo. No advertían siquiera los empujones de los transeuntes, como dos inúltilices que, arrastrados por un furioso torrente, no tienen conciencia de lo que les ocurre.

Su angustia era visible; un tremendo combate se libraba en su interior. Diez veces cambiaron de sitio, agitados por las furias que en ellos hicieron presa. Iban, venían, se detenían de nuevo, discutían otra vez en voz baja, inmóviles, como petrificados por su impotencia de suprimir los hechos. Durante un momento, Mateo respiró; creyó que se habían salvado, pues les vio tomar la dirección de Grenelle con paso lento y resignado. Pero se pa-

raron de nuevo después de cambiar, balbuceando, unas palabras. Y sufrió la terrible impresión de ver que tomaban por la calle de La Boetie, y entraban en la de Pepinière, no parando hasta la de Roche.

Mateo les había seguido, tan tembloroso y avergonzado como ellos mismos. Sabía a dónde iban; pero quería tener la certeza. Treinta pasos antes de llegar a la innoble casa, se detuvo y se escondió en un portal, seguro de que los desdichados lanzarían una mirada alrededor antes de penetrar en la covacha. Así fué. El matrimonio pasó primero por delante de la escalera oscura y mal oliente, mirando al paso el letrero amarillo. Después, volvieron y sin una vacilación, primero ella, él después, se perdieron en la obscuridad. Nada quedó de ellos sino un estremecimiento criminal. La vieja casa que respiraba el crimen por todos sus poros, pareció habérselos tragado. Mateo, tan estremecido como ellos, no se movía de aquel sitio y les acompañaba con el pensamiento, evocando lo que recordaba. Les veía atravesar el patio nauseabundo, les veía guiados por la criada del delantal sucio, les oía hablar con la Rouche, que sonreía con su sonrisa avinagrada. Y después de alguna discusión, todo se arreglaba. Allí no había solamente las preñeces deshonorosas, los partos clandestinos, los hijos alejados del seno materno, todas las vergüenzas que le habían asustado en casa la Bourdieu, sino el asesinato bajo y cobarde, el aborto que suprime la vida en el dintel del marcial. El infanticidio era menos horrible que aquella supresión de existencias efectuada en el embrión, o en el feto, entre las tinieblas y el secreto, que aumentaban con su silencio el número cada vez mayor de esos inícuos crímenes. Hijas seducidas que no pueden denunciar al seductor sin

denunciar a su propio padre; criadas para quienes un hijo es una carga insoportable; mujeres casadas que rehusan ser madres con el consentimiento de sus maridos o sin él a veces; todas iban secretamente a aquel abismo, a aquel lugar de vergüenza perversa, taller de perdición y de aniquilamiento. El crimen de las abortadoras, la barrita de hierro hiriendo en silencio, y millares y millares de existencias iban a parar al arroyo entre un torrente de lodo. En tanto que bajo el claro sol, la ola de los seres crecía y desbordaba en rumor alegre, las secas manos de la Rouche aplastaban gérmenes en el fondo de su covacha, inmunda, emponzoñada por el olor de sangre corrompida. No hay profanación más criminal, injuria más innoble a la fecundidad eterna de la tierra.

V

El dos de marzo por la mañana, Mariana sintió los primeros dolores. No quiso despertar al principio a Mateo, que dormía al lado de su cama en una de hierro. Creyó que quizá no fuera sino una falsa alarma. Pero, a las siete, creyó oportuno avisarle. El se había incorporado para besarle la mano que tenía fuera de la cama.

—Sí, sí, chiquillo, ya puedes quererme y marmarme. Me parece que para hoy es la cosa.

Desde tres días antes esperaban el acontecimiento, extrañando ya el retraso.

—¿Sufres?—preguntó Mateo saltando de la cama.

Mariana sonrió para tranquilizarle.

—No, no mucho. Ahora empieza... Abre la ventana y arréglalo todo. Ya veremos.

Cuando abrió las persianas, entró un alegre rayo de sol. El cielo era de un azul pálido, sin una nube, radioso. Una aura de primavera llegaba hasta los cristales.

—Mira, niña; mira qué tiempo tan espléndido; eso es un buen presagio.

Luego, antes de vestirse, fué a sentarse un momento junto a ella, al borde de la cama, besándole los ojos.

—Mírame, deja que te vea bien... Así sabré si sufres mucho.

Mariana continuaba sonriendo por más que luchar contra un dolor muy vivo. Cuando pudo hablar, dijo:

—Te juro que no. Me parece que todo va bien. Es preciso tener paciencia, porque ya se sabe que es un trance muy duro... Abrázame y bésame muy fuerte, para darme ánimo. No me compadezcas porque me harías llorar.

A su pesar las lágrimas pugnaban por escaparse de sus ojos. Mateo la abrazó apasionada, delicadamente, haciendo suya aquella pobre carne palpitante, sacudida por el estremecimiento sagrado de la vida que nacía.

—¡Ah! Tienes razón, alma mía; es preciso sufrir y esperar. Quisiera darte toda mi sangre para sufrir contigo. Por lo menos, sabe que mi amor no te abandona.

Confundieron sus besos, y un enternecimiento profundo les calmó y les hizo olvidar el trance supremo. Mariana dejó de padecer, gracias a una de esas calmas que preceden a las grandes crisis. Ella misma creyó que se había engañado. Dijo a su marido que, después de arreglarlo todo, se fuera a su despacho como de costumbre. Se negó